

por ellas, ser bien recibidos, apoyados y admirados! La virtud misma, que es hermosura moral, pierde algunos de sus encantos cuando no se mira acompañada de las gracias.

Si me preguntas cómo podrás adquirir lo que ni tú ni yo podemos definir ni fijar, sólo puedo responder *por la observación*, imitando lo que sintieres que te agrada en otros. Yo puedo explicarte lo importante y ventajoso que es poseer las gracias, pero no está en mi mano dártelas; con todo mi corazón desearía que lo estuviese porque no podría hacerte mejor regalo. Para que veas que un hombre muy sabio, un filósofo retirado, piensa sobre este particular lo mismo que yo, que he vivido siempre en el mundo, te enviaré con M. Eliot la obra del famoso M. Locke sobre la educación, en donde verás el valor que atribuye á las gracias, considerándolas justamente como identificadas con la buena educación. He señalado en este libro todos los pasajes que merecen tu atención, porque como el autor principia sus observaciones casi desde el nacimiento del niño, te sería inútil tocante á la infancia. La Alemania es aún menos que la Inglaterra el asiento de las gracias; sin embargo, mientras la habitares harás bien de no decirlo; mas el lugar á que debes ir lo es en alto grado, porque yo he conocido tantos hombres perfectamente educados venidos de Turín, como de cualquiera otro lugar de Europa. El último rey Víctor Amadeo, tomó gran empeño en que sus súbditos de mérito se instruyesen en los negocios y adquiriesen las maneras de las cortes; y se me ha asegurado que el rey actual sigue su ejemplo; cierto es á lo menos, que en todas las cortes y congresos en que hay muchos ministros extranjeros, los del rey de Cerdeña son generalmente los más capaces, los más corteses y *les plus déliés*. Tendrás pues en Turín modelos muy buenos sobre que formarte; y recuerda que respecto á ellos, así como á las estatuas antiguas del grabado, *non mai à bastanza*. Atiende á cada palabra, á cada mirada y á cada movimiento de las personas que se consideraren como de mayores prendas. Observa su aire natural y descuidado pero cortés; sus maneras desembarazadas; su modesta y no obstante elevada dignidad; atiende á su decente alegría, á su discreta franqueza y á aquel hábil manejo que sin caer en lo frívolo ni extenderse á lo importante ó secreto, es el medio que conviene á la conversación en compañía de personas de diferentes caracteres. Te observaré de paso que este diestro manejo es á veces un talento muy útil para un ministro extranjero; no sólo porque le facilita los medios de introducirse en muchas familias, sino también porque

le pone en estado de eludir algunas conversaciones y parar ciertas preguntas que podrían reducirlo á no saber qué decir ó qué aspecto conservar.

De cuantos hombres he conocido, y lo estudié muy á fondo, ninguno ha poseído las gracias en grado más eminente, por no decir que las reunía todas, como el finado duque de Marlborough; y contra la costumbre de los historiadores más sagaces, que siempre asignan profundas causas á los grandes acontecimientos, me atrevo á decir que á estas gracias debió más de la mitad de sus riquezas y engrandecimiento. Era un hombre de lo más iliterato; escribía muy mal el inglés y lo hablaba peor; carecía de lo que comunmente llamamos dotes (*parts*), esto es, no había vivacidad ni esplendoren su ingenio; poseía sin duda un entendimiento bastante despejado acompañado de juicio sano; pero es probable que con estas cualidades sólo se habría elevado un poco más del empleo de paje de la reina que ocupó al principio. Las gracias se encargaron entonces de su fortuna y elevación, porque mientras fué abandonado de guardias, la duquesa de Cleveland, dama favorita en aquel tiempo del rey Carlos II, seducida de los bellos modales de aquel joven le dió cinco mil libras esterlinas con las que compró inmediatamente de mi abuelo Halifax una renta vitalicia, y este fué el principio de su fortuna. Era hombre de bella figura, y ni los hombres ni las mujeres podían resistir al ascendiente de sus maneras. El atractivo de sus modales le sirvió para poner de acuerdo, durante la guerra de su tiempo, á los miembros de la grande alianza, cuyos intereses eran muy opuestos, y logró llevarlos á todos al objeto principal de la guerra, á pesar de sus celos recíprocos, de su injusta obstinación y de sus diversas y ocultas miras. En todas las cortes en que se presentó (y tuvo que ir á menudo cerca de algunas muy obstinadas) prevaleció constantemente, y las hizo entrar en sus proyectos. El pensionario Heinsius, ministro antiguo muy recomendable, que había encanecido en los negocios y gobernado la República de las Provincias Unidas por espacio de más de cuarenta años, fué absolutamente gobernado por el duque de Marlborough, como hasta el día lo experimenta aquella República. Hombre siempre frío, jamás dejó ver en su semblante la menor variación, y si negaba alguna cosa lo hacía con más gracia que otros concediéndola (a); aquellos que quedaban menos contentos

(a)

Bien pueden rehusar los hombres
Pero con tanto primor

del resultado de sus pretensiones, salían no obstante encantados de su persona, y en cierto modo consolados por sus afables maneras. Con toda esta gracia y dulzura de genio, ningún hombre conoció mejor su situación ni mantuvo con más nobleza su dignidad.

Con los conocimientos que ya has adquirido y los muchísimos más que debes adquirir muy pronto; á qué cosa no podrás pretender si posees también estas gracias! En la carrera á que te destinan, son en verdad la mitad de la obra; porque ganado que hubieres el afecto y estimación del príncipe ó ministro de la corte á que fueres enviado, salgo garante del buen resultado de los negocios que se te confien; de otro modo es obra de muchísimo trabajo. Pero no te equivoques pensando que las gracias que te recomiendo tanto y tan de veras son para que las uses únicamente en las transacciones importantes ó en los *días de gala*; no; deben acompañarte si es posible, en las menores cosas que digas ó hagas; porque si las descuidas en las bagatelas te abandonarán en los negocios de importancia. Por ejemplo: mi solicitud iría hasta inquietarme demasiado si te viese beber con torpeza una taza de café y echártela encima por tu torpe manera de tenerla; tampoco podría ver tu casaca mal abotonada, ó afianzadas de través las hebillas de tu calzado; más me desesperaría si te oyese farfullar palabras ininteligibles, tartamudear en tus narraciones; y huiría de ti con más rapidez, si fuese posible, que la que me haría ahora correr á abrazarte, si te hallase destituido de todas aquellas gracias que tan á pechos trato de procurarte con la mira de que te constituyan un día *omnibus ornatum excellere rebus*.

La materia es inagotable porque se extiende á todo cuanto se dice ó hace; pero la dejo por ahora en vista de lo extensa que es ya mi carta. Son tan vivos los deseos que tengo de verte perfecto, que nunca creo haber dicho bastante, aunque probablemente tú pensarás que he dicho demasiado; cierto es que si tu propio buen sentido no basta para guiarte en puntos tan claros como éstos, todo lo que yo ó cualquiera otro podríamos decirte, sería insuficiente; mas en materias que te interesan soy el hombre insaciable de Horacio, que codiciaba siempre un rincón más para redondear

Y tan natural donaire,
Que revistan el desaire
Con las galas del favor.

(BRETÓN DE LOS HERREROS.)

Tr.

su campo. Yo temo todos los rinconcitos que pueden desfigurar el mío, que querría ver, si es posible, sin ninguna falta.

En este momento recibo tu carta de 7 de este mes, y no puedo lamentar contigo la separación de tus compañeros de mesa, que, tanto por tu descripción como por la de M. Harte, parecen ser *des gens d'une aimable absence*; y si puedes reemplazarlos con otras personas que hablen alemán, saldrás ganando en el cambio.

La reunión del parlamento no me da hoy tiempo para escribirte tan largo como acostumbro; y á la verdad, después de los volúmenes que te he escrito, todo lo que podría agregar debía ser superfluo; sin embargo, es probable que *ex abundantia* vuelva á mi prolijidad, y que continuarás recibiendo unos tras otros, los consejos de quien es tuyo.

LONDRES, 6 de Diciembre de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Tengo actualmente el mayor sentimiento por la pérdida de un hermano muy querido con quien había yo vivido en la más estrecha amistad. Mi hermano Juan expiró el viernes último en la noche, de un ataque de gota en manos y pies que le duró cerca de un mes, y al último remontó á su cabeza y estómago. El letargo lo privó de la sensibilidad y no sufrió en sus horas postreras. Hallándote tan lejos de aquí no debes vestir luto, porque el tiempo habría casi expirado ante que pudieses ponértelo.

Me tiene de lo más contento el informe que me da M. Harte de tus progresos en el griego, y de que has leído casi críticamente á Hesiodo. Muchas cosas podría yo sugerirte sobre este particular, pero me limito á decirte que habiendo dejado atrás las dificultades de aquel idioma, sería imperdonable que no continuases tu viaje, mucho más cuando el camino que te falta es todo cuesta abajo.

También me es muy grato saber que tienes tan grande conocimiento de los libros, y tanto gusto por los escritos raros y de mérito. Un conocimiento de esta especie es muy digno de los hombres que han adquirido una instrucción sólida y profunda; pero al mismo tiempo pone de manifiesto la ligereza de aquellos que sólo han leído superficialmente. Te advierto pues, que tu principal objeto en tales libros debe ser la substancia y la materia, y deja

como cosa muy secundaria el prólogo, el índice, la letra y la encuadernación. La señal característica del hombre de mérito y de buen juicio, es saber dar á cada objeto el grado de atención que merece; á la vez que las almas pequeñas toman erradamente los objetos pequeños como grandes, y desperdician en los primeros el tiempo y la atención que sólo merecen los últimos. Á yerros como éstos somos deudores de esa tribu numerosa y frívola de cazadores de insectos, pescadores de conchitas, disecadores de mariposas etc. Un juicio sólido distingue, no sólo entre lo útil é inútil, sino también entre lo útil y lo curioso; se aplica con intensidad á lo primero, y sólo se divierte con lo último. Lo que has comenzado á estudiar en el *rector magníficus*, es de una importancia mucho más grande, y merece mucha mayor atención; quiero decir, la astronomía. El sistema inmenso de los planetas, y el orden y asombrosa regularidad de aquellos innumerables mundos, te abrirán una escena que no sólo merece tu atención como materia de curiosidad, sino aun más, porque te hará concebir ideas mayores, y por consiguiente más justas, de aquel Omnipotente Ser, creador y preservador de aquel universo, que las que podría darte la contemplación del comparativamente pequeño globo que habitamos. *La pluralité des mondes* de M. Fontenelle, que puedes leer en tus horas de asueto, te instruirá y entretendrá al mismo tiempo. Dios te bendiga.

LONDRES, 13 de Diciembre de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Los cuatro últimos correos no me han traído carta tuya ni de M. Harte, y esto me tiene inquieto; no como lo estaría una madre, sino como debe estarlo un padre, porque yo no apetezco tus cartas como boletines de salud; eres joven, sano y robusto, y por consiguiente estoy tranquilo sobre este particular; además, si tú ó M. Harte se encontrasen malos, es indudable que uno de ambos me lo advertiría. Mi impaciencia viene pues de una causa muy diferente, el deseo de saber con frecuencia los progresos de tu entendimiento y de tus estudios. Te hallas ahora en aquel crítico período de la vida, en que cada semana debe producir flores y frutos correspondientes al cuidado que se ha tenido de tu cultivo. La distancia que media entre nosotros sólo me permite juzgar de tu crecimiento y madurez, por tus cartas ó las de M. Harte, y este

es el motivo por qué deseo que uno de ambos no deje de escribirme una vez á la semana. Concibo muy bien que la uniformidad de tu vida presente, no da lugar á formar una carta muy atractiva para un lector indiferente; pero hallándome yo tan interesado en el juego que traes entre manos, el movimiento más ligero es de importancia y me ayuda á juzgar del acontecimiento final.

Como debes dejar á Lipsia muy poco después del recibo de la presente, te va la adjunta para que la entregues á M. Masow; en ella le manifiesto mis agradecimientos por la atención y afabilidad que te ha dispensado mientras has permanecido en su casa; y doy por hecho que antes de partir le harás las ofertas y cumplidos correspondientes, porque la buena reputación que dejamos en un lugar, llega muchas veces á otro antes que nosotros, y es de grande utilidad. Como M. Masow es muy conocido y estimado en la república literaria, creo que te será muy ventajoso si puedes lograr que te favorezca con cartas de recomendación para algunos literatos de Berlín. Estos testimonios dan un realce que no es de despreciar, porque los más ignorantes se ven forzados á aparentar cuando menos, que rinden homenaje al saber, así como los malvados lo hacen á la virtud: ¡tal es el valor intrínseco de ambas excelencias!

Mientras has permanecido en Lipsia, lugar consagrado al estudio más que al placer y á la sociedad, has tenido las mejores oportunidades de proseguir tus estudios sin interrupción, y carecido, según pienso, de tentaciones para distraerte; mas el caso va á ser enteramente diverso en Berlín, en donde el esplendor y la disipación de una corte y de la *gente lucida*, se te presentarán en formas ostentosas, bastante atractivas para la juventud. No te imagines que comienzo ya á predicarte como un viejo para que huyas de estas disipaciones encerrándote en tu gabinete; todo lo contrario; quiero que tomes parte en ellas con viveza y alegría; pero por otro lado te aconsejo que distribuyas tu tiempo con tal prudencia, que el estudio marche al mismo paso que los placeres. Suficiente tiempo hay en el curso del día para ambas cosas con tal que sepas gastarlo como buen economista. Si empleas toda la mañana en estudios sólidos concediéndoles una atención seguida y diligente, habrás aprendido mucho al fin del año; y las tardes, pasadas en los placeres de la buena compañía, te procurarán el conocimiento del mundo. Entre estos dos estudios ves que no tendrás un minuto que perder. Nadie desperdició más que yo mientras fui joven, por atender á los placeres y á la disipación de la buena compañía; y

aun lo hice demasiado; pero puedo asegurarte que aun entonces me procuré tiempo para estudios serios; y cuando no encontraba otro medio, lo tomaba de mi sueño, porque siempre acostumbré levantarme por la mañana temprano, aun cuando me hubiese acostado muy tarde; y observé esta resolución de manera tan invariable, que excepto en caso de enfermedad, nunca, por espacio de más de cuarenta años, oí en la cama las nueve de la mañana, sino que comunmente me hallaba en pie antes de las ocho (a).

Cuando te hallares en Berlín no dejes de hablar el alemán en la sociedad siempre que pudieres, porque todo el mundo te hablará allí en francés á menos que no hagas saber que posees el idioma del país, y entonces todos preferirán responderte en su misma lengua. Á Dios (b).

LONDRES, 28 de Diciembre de 1748.

MI QUERIDO AMIGO.

Llegaron tres correos á la vez y recibí dos cartas, una de M. Harte y otra tuya de 8 del corriente.

Yo fui quien me engañé relativamente á tus cartas en alemán, y no tú quien se expresó mal. Me imaginé que lo que te robaba

(a) *Sept heures de sommeil, en tout temps, à tout âge, Satisfait la nature et suffisent au sage.*

La escuela de Salerno, más severa, sólo permitía *seis horas de sueño* al joven y al anciano; apenas siete á los perezosos y ocho á ninguno:

*Sex horas dormire sat est, juvenique, senique;
Vix pigro Septem; nulli conceditur Octo.*

(b) 27 de Diciembre. El autor á Mr. Dairolles.

. . . Vuestro amiguito se dispone á ir á Berlín. Se ha aplicado en extremo y con buen éxito, en Lipsia; conoce perfectamente, como me lo asegura su maestro, los idiomas griego y latino, las leyes de las naciones y del imperio; sabe el alemán á fondo, y lo escribe correctamente. No me queda pues ninguna inquietud por lo que respecta á la ciencia, de la que ha adquirido ya tal provisión, que será para él un placer, en vez de trabajo, el aumentarla. Todo lo que ahora necesita son *las Gracias*, en busca de las cuales irá, tan pronto como lo permitieren los caminos, de Berlín á Turin, para permanecer en este último lugar un año cuando menos. No conozco yo corte que envíe al exterior ministros más *déliés* que la de Turin. No puedo saber lo que serán las gentes de allí, pero por los ejemplos juzgo muy bien de ellas. Tr.

tanto tiempo era la escritura de los caracteres, y por eso te aconsejé que tratases de hacértela familiar escribiendo con frecuencia; pero pues que lo difícil y fastidioso recae únicamente sobre la propiedad y pureza del idioma, te digo ahora que no seré delicado en este particular, y que no esperaba que pudieses conocer aún con perfección todas las frases, los idiotismos y las peculiaridades de este difícil idioma, porque son cosas que sólo procura el tiempo con el continuado ejercicio. Por lo mismo, luego que llegares á Berlín, y después en Turin, en donde hallarás muchos alemanes, te pido que aproveches todas las oportunidades de conversar en dicha lengua, no sólo para no olvidar lo que ya sabes, sino también para perfeccionarte cada día más. En cuanto á las letras las formarás muy bien y, como tú mismo confiesas, mejor que tu letra inglesa; pero si esto es así, permíteme preguntarte en qué consiste que no formes mejor los caracteres romanos; porque yo sostengo que está en poder de cada uno escribir con la forma de letra que le agradare, y por consiguiente que debe adoptar una buena. Tú formas particularmente las e, e, y las l, l, á manera de z, z, en vez de escribirlas rectas, falta que se corrige muy fácilmente. Sin duda que no te enojarás por esta ligera crítica, y menos si agrego que según todos los informes que M. Harte y otros me han enviado de ti, no me das motivo para censurarte ninguna otra cosa. M. Harte en particular me ha procurado gran contento, asegurándome en su última que marchas muy bien bajo todos aspectos. Al hablarte así no temo infundirte mucha vanidad, porque yo no pienso que deba llamarse tal el justo sentimiento de una buena conciencia, y la emulación y deseo de obrar bien. La vanidad consiste en la necia afectación de cualidades que no se tienen, ó en el tonto orgullo de lo que no merece en sí mismo ninguna recomendación. Según los informes de M. Harte, estás muy adelantado en el griego y el latín; y por lo mismo no puedo suponer que á medida que tus luces aumentan aflojes el paso para terminar la corta distancia que te resta. Figúrate qué lustre y fama ganarás á tu regreso aquí, si se te considera como el mejor y más aprovechado literato entre los jóvenes distinguidos de Inglaterra, y esto sin que entre en cuenta el real placer y el sólido consuelo que te procurarás para toda tu vida. M. Harte agrega otra cosa que confieso no me esperaba, y es, que cuando lees en voz alta, ó recitas trozos de comedias, pronuncias con mucha claridad y distinción. Esto me alivia del gran desasosiego en que me tenía tu mala articulación. Continúa del mismo modo,

y atiende con todo esmero á este punto importante, que entre todas las gracias es la más necesaria.

El conde Pertigue, que pasó por aquí hace quince días, lejos de contradecir, confirma todo lo que M. Harte ha escrito en tu favor. Según sus cálculos llegará á Turin al mismo tiempo que tú, y se lisonjea con esperanzas de serte útil. Me aseguró que aun cuando llegares antes, el conde Perrón, que es muy apasionado tuyo, tendrá cuidado de atenderte. Ves por este solo ejemplo lo útil que es una buena reputación, la prontitud con que nos toma la delantera, y las ventajas que nos procura en todos los lugares á donde tenemos que ir. M. Harte te hace también justicia en este punto, diciéndome que deseas ser alabado en cosas dignas de alabanza: esta ambición es noble y justa, y sin ella temo que hubiese muy pocas gentes dignas de elogio.

Como antiguo representante en el teatro del mundo, déjame sugerirte aquí una reflexión, y es, que extiendas tu deseo de alabanza un poco más allá de lo estrictamente digno de ser alabado (a); porque de otro modo podrías mostrar mucho desprecio por las tres quintas partes del género humano que no te lo perdonarían jamás. En la gran masa de los hombres temo que haya una mayoría tan grande de bribones y de necios, que cada uno de ellos deba ser respetado, aunque de ninguna manera sea respetable. Un hombre que manifestase á todo necio ó bribón que lo juzga tal, se vería metido en una guerra muy ruinosa, y tendría que combatir contra un número muy superior al que él mismo ó sus aliados podrían poner en campaña. Aborrece á todo bribón y compadece á todo necio, pero ni á unos ni á otros manifiestes estos sentimientos sin necesidad (b). Es prudencia y no bajeza tener algunas condescendencias con los necios, así como es á menudo

(a) Montaigne es de la misma opinión cuando dice : Ce que je vois de beau en autrui je le loue et l'estime; voire, j'enchéris souvent sur ce que j'en pense et me permets de mentir, jusque-là que d'un pied de valeur j'en fais volontiers un pied et demi.

(b) Siempre di del bueno bien
Y del no tal;
Y del malo en bien y en mal
Silencio ten :
Y disculpa aquel á quien
Tuvieres cargo,
Descargando en su descargo
Á ti también.

(CASTILLA.)

necesario y no criminal aborrecer en silencio á los bribones (a).

Pronto tendrás que separarte de Lord Pulteney, y como spongo que la permanencia de ambos en Lipsia ha de haber producido una amistad mutua, es de creer que pensarás cultivarla por escrito, y te aconsejo que así lo hagas. Sus parientes me han dicho que es de buena índole y que no le faltan prendas, y éstas son ya dos buenas razones para mantener su correspondencia; mas hay una tercera que en el curso del mundo no es de despreciarse, y es, que su padre no puede vivir largo tiempo, y le dejará una inmensa fortuna que, de todos modos, le dará algún crédito; y si además tiene talentos, será personaje de mucha importancia; su amistad merece pues, que la mantengas, sobre todo cuando el hacerlo no te costará más que el porte de una carta cada mes.

Envíame, á tu llegada á Berlín, las indicaciones necesarias para poner el sobrescrito; y te encargo que te extiendas en pormenores sobre el recibimiento que te hicieren, tanto las personas á quienes ya te he recomendado, como las que conocieres por su medio. Ten también presente que vas á presentarte á una corte culta é ilustrada, en donde las gracias serán tus mejores introductores. Dios te bendiga. Ojalá continúes mereciendo mi cariño hasta el grado que lo posees actualmente.

LONDRES, 30 de Diciembre de 1748.

MI QUERIDO HIJO.

Encamino esta carta á Berlín suponiendo que te encontrará allí, ó cuando no, que te esperará poco tiempo. No puedo calmar la inquietud en que me tiene el deseo de que seas bien recibido al presentarte por primera vez en el gran teatro del mundo; porque aunque los espectadores sean siempre muy indulgentes para con un nuevo actor, sin embargo, las primeras impresiones que éste hace sobre ellos, les sirven para decidir, por lo menos en su interior, si será ó no bueno. Si muestra entender lo que dice por la

(a) Un sujeto preguntando á Fontenelle de qué manera se había procurado tantos amigos y ni un solo enemigo; por estos dos axiomas, respondió el filósofo : *Tout est possible, et tout le monde a raison.*

Tr.

propiedad de su pronunciación; si permanece atento á su papel y no clava la vista aquí y allá negligentemente; en una palabra, si se manifiesta deseoso de agradar, disimulan de buena gana los pequeños defectos y los ligeros descuidos que atribuyen á una modestia recomendable en un joven inexperto; y declarando que con el tiempo será un buen actor, le inspiran ánimo y llega más pronto á serlo. Espero que esta será la suerte que tú corras, visto que te sobra juicio para comprender tu papel. Una atención constante sobre ti mismo, una noble ambición de sobresalir, y un examen cuidadoso de los mejores actores, te harán sin duda idóneo para desempeñar, si no los primeros papeles, á lo menos los de consideración.

El vestido por insignificante que sea en sí mismo, llega á ser ahora objeto digno de alguna atención; porque yo confieso que no puedo dejar de formarme tal ó cual opinión del carácter y juicio de un hombre por su vestido; y creo que el mayor número de las gentes juzga como yo. Cualquiera afectación en el vestido anuncia, á mi modo de ver, una mácula en el entendimiento. Casi todos nuestros jóvenes descubren su carácter en su vestido (a): algunos afectan lo tremendo llevando gran sombrero furiosamente arregado, espada enorme, chupa corta y corbata negra. Casi me vería yo tentado de jurarles paz por mi propia seguridad, si no estuviese convencido de que no son más que borricos mansos con piel de león. Otros llevan casaca de paño obscuro, calzón de ante, gran garrote de encino en la mano, sombrero inclinado y cabellera sin polvo; é imitan á lo vivo en su exterior á los picadores, cocheros de camino ó patanes del campo, que no tengo la menor duda de que también les son muy parecidos en su interior. Un hombre de juicio evita toda originalidad en su vestido; observa por su propia conveniencia el más completo aseo, y deja todo lo demás para las gentes que pueden usarlo sin impropiedad. Procura que su vestido sea igual, en forma y calidad, al de las personas de juicio y distinción del lugar en que se halla (b). Si se presenta

(a) *Lo que te cubre te descubre*, dice Cervantes en un pasaje de Quijote. Tr.

(b) Anda siempre en un hábito decente,
Tan igual á tu estado,
Que ni te culpen por desaliñado,
Ni por loco ocasiones la censura,
Del que todo lo que ve murmura.
(*Epitecto trad. de Quevedo.*)

mejor que los otros es un petimetre (a); si se viste peor es un negligente imperdonable; pero más bien querría yo á un joven con el primer defecto que con el segundo; porque el exceso en la compostura pasará con la edad y la reflexión; mas si es desaliñado á los veinte años, será desaseado á los cuarenta, y asqueroso á los cincuenta. Tu vestido debe ser delicado entre personas que usaren esta delicadeza, y sencillo donde vieres que otros así lo usan; pero ten siempre cuidado de que tu ropa esté bien hecha y te venga bien, porque si no, te dará un aire de figura mal forjada. Una vez bien vestido para todo el día, no pienses más en ello, y, sin tesura por temor de descomponer la ropa, deja que todos tus movimientos sean tan fáciles y naturales como si absolutamente llevases nada en el cuerpo. Basta ya de vestido, que siempre sostendré ser cosa de importancia entre gente culta.

Te he hablado tantas veces de las maneras, la cortesía y las gracias, que nada me resta que añadir. Tu propio buen sentido te sugerirá la substancia y los diversos modos de estas cosas, y observando lo que pasa en la buena sociedad, te acostumbrarás á aplicarlas oportunamente. Tu extremada vivacidad, de que me han hablado muchas personas, no te impedirá que agrade, al contrario te será ventajosa si la modera la urbanidad y la acompañan las gracias. Supongo que tu vivacidad es de comprensión y de inteligencia, y no un desasosiego genial, porque yo no conozco un temperamento más desagradable que el compuesto de fuertes espíritus animales con genio frío. La actividad de un joven de esta especie es enfadosa, su incesante ocupación frívola, y su viveza tonta; habla mucho con poco significado, y ríe aún más, con menos razón; á la vez que un genio activo y vivaz con un temperamento frío es, en mi sentir, la perfección de la naturaleza humana.

Haz en Berlín lo que quieras con tal que pases todo el día ocupado en algo; lo único que te pido es que jamás desperdicieses un minuto en la ociosidad. Cuando no te hallares en compañía, aprende lo que los libros, los maestros ó M. Harte pueden enseñarte, y cuando asistieres á ella, estudia los caracteres y las ma-

(a) Quien se acicala y repule
Quien presume en el vestir,
Ó quiere que gusten de él,
Ó gusta mucho de sí.

(J. IRIARTE.) Tr.